

Seguridad Nacional, planes estratégicos y dictadura: Aspectos teóricos y prácticos de la “ideología” made in Brazil.

National Security, strategic plans and dictatorship: Theoretical and practical aspects of “ideology” made in Brazil

DOI: 10.5281/zenodo.14036951

Jovino Pizzi

Universidad Federal de Pelotas (Brasil)

Correo: jovino.piz@gmail.com - <https://orcid.org/0000-0002-3722-7343>

Resumen. El análisis de la dictadura militar brasileña y en general de las dictaduras latinoamericanas conlleva múltiples aspectos teóricos y prácticos. La Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) no es un invento brasileño, sino que es una amalgama de influencias de los diferentes imperios coloniales. Sus aspectos teóricos y Planes Estratégicos ofrecen aún herramientas que afianzan las prácticas tradicionales de las dictaduras. En el caso brasileño, el pensamiento del general Couto e Silva tuvo un papel fundamental. Para aclarar estos aspectos, el texto busca exponer las ideas de este militar brasileño y de una moralidad de la “ley y el orden”. Los planes estratégicos han sido instrumentos para manipular elecciones o decisiones institucionales de un poder político que persigue éxitos y resultados a través del uso de la violencia, de la amenaza y violaciones. La utilización de la facticidad del poder para coaccionar y avasallar a la opinión pública y a los opositores políticos se demuestra por el uso de medios masivos de instrumentalización social, política, económica y cultural. En el caso de la DSI, los planes estratégicos promovieron la militarización de la sociedad, produciendo un cuadro permanente de crisis, violencias, muertes, pérdida de libertad y pobreza extrema. Las orientaciones de la “ley y el orden” han servido para mantener una normalidad con base en el autoritarismo despótico, que sigue aflorando en las sociedades occidentales.

Palabras clave: Seguridad Nacional; Doctrina; Estrategias; Militarización

Abstract. The analysis of the Brazilian military dictatorship and Latin American dictatorships in general refers to their multiple theoretical and practical aspects. The National Security Doctrine (NSD) is not a Brazilian invention, but an amalgam of influences from different colonial empires. Its theoretical aspects and Strategic Plans still offer tools that reinforce the traditional practices of dictatorships. In the Brazilian case, the thinking of General Couto e Silva played a fundamental role. To clarify these aspects, the text seeks to expose the ideas of this Brazilian military man and of a morality of “law and order”. Strategic plans have been instruments to manipulate elections or institutional decisions of a political power that pursues successes and results through the use of violence, threats and violations. The use of the facticity of power to coerce and subjugate public opinion and political opponents is demonstrated by the use of mass media of social, political, economic and cultural instrumentalization. In the case of the NSD, the strategic plans promoted the militarization of society, producing a permanent picture of crisis, violence, death, loss of freedom and extreme poverty. The orientations of “law and order” have served to maintain the normality based on despotic authoritarianism, which continues to flourish in Western societies.

Key-Words: National Security; Doctrine; Strategies; Militarization

Cita sugerida: Pizzi, J. Seguridad Nacional, planes estratégicos y dictadura: Aspectos teóricos y prácticos de la “ideología” made in Brazil. (2024). Revista *CRONÍA XX*

Introducción

Este texto ha sido presentado por primera vez en la sesión “Sentidos éticos de la igualdad”, actividad vinculada a la “Cátedra colombiana de ciudadanía, integridad y lucha contra la corrupción”. La exposición ocurrió el día 22 de febrero 2023, fecha de la actividad, generando un debate sobre los actuales contextos latinoamericanos de crisis, violencias, dictaduras o amenazas en contra la democracia, divisiones e incertidumbres producto del aumento de las extremas derechas.

La posibilidad de continuar el debate y, así, transformarlo en un texto más sistemático, indica un segundo objetivo, esto es, establecer hasta qué punto la hipótesis de la “guerra a muerte” ha sostenido un tipo de ontología del poder volcado a justificar la “ley y el orden”. En este marco, se trata de señalar que cualquier doctrina de este tipo se apoya en aspectos teóricos y prácticos. En el caso de la dictadura brasileña (1964-1984), la primera y más larga de fines del siglo XX, el pensamiento del general Golbery do Couto e Silva ha tenido un papel relevante. En sus textos, el militar sostiene la hipótesis de la “guerra a muerte”, sea frente a los enemigos internos o externos. El control de las fronteras nacionales ha sido un reto para la Doctrina de Seguridad Nacional, pensamiento estratégico y práctico que ha sobrepasado las fronteras brasileñas pues el intercambio de informaciones, tácticas y enseñanzas represivas permitió a grupos de militares de países latinoamericanos justificar la represión, la persecución, tortura y muerte de una cantidad significativa de militantes y disidentes de movimientos sociales y partidos políticos.

En tercer lugar, el análisis de la vinculación conceptual entre los planes estratégicos con la ideología de la Seguridad Nacional presenta un rango filosófico. A través del giro lingüístico, es posible entender que el sentido y el significado de una expresión puede contener diferentes representaciones. Es decir, la plurivocidad del habla puede llegar a interpretaciones disímiles sobre lo dicho. Por eso, la apertura y disposición de dar continuidad al proceso de diálogo se constituye en un requisito importante en la comprensión contextual no solo de los actos de habla como tal, sino también en las definiciones de principios y normas que avalan una con-vivencia hospitalaria y saludable.

Al señalar esas cuestiones, los análisis actuales remiten a una mirada de “largo plazo” que trascienda los “presentimientos” o aforismos. Por eso, la insistencia en utilizar los conceptos permite señalar los déficits de un mundo en crisis. Como sostiene Axel Honneth (2011), los diagnósticos y las patologías sociales siguen ligados a la medicina. De este modo, será posible no solamente entender el espíritu de una sociedad y cultura contaminadas por patologías sociales. En este caso específico, la mirada tiene en vista las patologías generadas por los planes estratégicos de la Doctrina de Seguridad Nacional que, desde mediados del siglo XX, ha alimentado no solamente la militarización de los vínculos humanos y de la sociedad en general, sino que también ha definido planes estratégicos en diferentes niveles: políticos, económicos y de relaciones trasfronterizas de los aparatos represivos – o de muerte – entre los países del Cono Sur.

La interpretación de la crisis remite a la división entre las dictaduras y el período post-dictadura latinoamericanas. De este modo, sostenemos que el sistema de la Doctrina de Seguridad Nacional, sus estrategias y articulaciones se han proyectado en el tiempo y repercute hasta los tiempos actuales. Es decir, no se trata de una doctrina que ha alimentado las dictaduras en sus períodos más oscuros, sino que se ha perpetuado y extiende en las post-dictaduras que llegan hasta nuestros días. La guerra como hipótesis se ampara en una ontologización del poder, una “guerra generalizada” es decir, total, con el fin de mostrar a los ciudadanos “el estado de guerra que define la condición humana, y prepararlos para actuar en consecuencia” (Comblin, 1979a, p. 33). De hecho, hay una utilización de los argumentos de carácter bobbesiniano y un acercamiento a un tipo de escolástica neotomista, para reforzar el plan estratégico que respalda los autoritarismos y conservadurismos defendidos por las extremas derechas. Para contrarrestar la perspectiva estratégica de sus fundamentos, la teoría habermasiana nos servirá como un buen contrapunto de lo que significa un planeamiento estratégico, así como los riesgos del influjo que un grupo o una doctrina puede ejercer sobre los ciudadanos de un país.

Para desarrollar la temática de las dictaduras latinoamericanas, seguiremos seis pasos. El primero trata de señalar que el modus operandi de las dictaduras presenta un doble estándar, por lo cual sus articulaciones autoritarias poseen un sesgo sin fronteras. En segundo lugar, esos vínculos transnacionales se apoyan en la hipótesis de la guerra a muerte, un argumento defendido por el general brasileño Golbery do Couto e Silva. El tercer punto trata de exponer las perspectivas de una ontología del poder como base para la doctrina de seguridad nacional. El cuarto aspecto se centra en el juego de los intereses estratégicos con el final de garantizar el equilibrio permanente. A continuación, se tratará de aclarar la trampa de los intereses estratégicos. Por fin, una mirada más amplia del presente, o sea, aquello que se puede afirmar entre los períodos de dictaduras y post-dictaduras, destacando las actuales dificultades, intentos y desafíos.

1. Las dictaduras y el autoritarismo despótico.

Los análisis de los contextos actuales, locales o mundiales suponen una mirada de largo plazo, de manera de evitar un examen denominado “presentimiento” incauto (Habermas, 2015, p. 14). El “desorden global” contemporáneo implica entender los cambios actuales (Dallmayr, 2020). En efecto, los tiempos revueltos suponen también pronósticos y profilaxis, una gramática que posibilita averiguar los límites y los alcances de los análisis y, al mismo tiempo, un examen de las alternativas vinculadas a la superación de las patologías sociales, es decir, aquello que genera malestar, ocasiona daños y pone en peligro la convivencia y hospitalidad entre las gentes y los pueblos.

En primer lugar, no hay dudas de que el incremento de los discursos de odio ha sorprendido a todos los que, durante mucho tiempo, han creído en transformaciones hacia un con-vivir político saludable y una hospitalidad medioambiental entre humanos y no humanos. De repente, lo que era esperanzador no se ha cumplido y, entonces, las expectativas de los nuevos tiempos han retrocedido como si la incivildad volviera a infectar los vínculos y las relaciones humanas básicas. El espíritu belicoso se ha vuelto muy dañino y, de este modo, se ha generado una desconfianza aún mucho más fuerte entre personas y pueblos, una especie de guerra que afecta no sólo las relaciones personales y entre grupos distintos o partidos políticos, sino también en actitudes y acciones malsanas que se experimentan en el día a día en las relaciones internacionales.

Según Habermas, “la conducción de la guerra es el ejemplo clásico de acción estratégica” (2000, p. 216). Ese espíritu bélico hace parte de las relaciones sociales y no pocas veces es determinante para la sociedad en general. Para sostenerse, ese artificio necesita de un súper-poder capaz de mantener el uso de la violencia con la finalidad de dominar, sea a través de la violencia o del terror. Se trata, pues, de una perspectiva necrófila. Desde la noción de las patologías sociales, la acción estratégica genera consecuencias nefastas. Como sostiene Erich Fromm, esa “hostilidad” revela “la supuesta naturaleza malvada del hombre” (1994, p. 115).

En efecto, el tema no está vinculado solamente a un aspecto simbólico, como si fuera un presentimiento o un dramatismo inhumano. Por eso, la “conducción de la guerra” no se atiene únicamente al aspecto militar como tal, sino que alienta una permanente desconfianza, pues alimenta un espíritu belicoso entre los sujetos y los grupos sociales. En otras palabras, se trata de difundir y mantener una disposición al odio, a la venganza y a la violencia destructiva. Como dice Erich Fromm, un espíritu necrófilo con los peores ideales del mundo, lo que en otras palabras significa “el afán de destruir, dominar, reprimir, sofocar la vida” (1994, p. 34). Las implicaciones y efectos sociales llevan a interrogarse sobre el origen, las causas y los efectos de la convivencia humana. Por eso, el dolor y el sufrimiento no se limitan a cuestiones individuales, pues el espíritu belicoso se apoya en una clara intención de dañar a otros seres humanos.

Sin dudas, el análisis crítico va mucho más allá de determinados hechos.¹ En efecto, la pregunta por “el derribo del monumento” en Bagdad o de las torres en Nueva York remite también al acercamiento a la Guerra Fría y a lo que hoy ocurre en Afganistán, Siria, Ucrania, Haití, Israel y otros países del planeta. Para los latinoamericanos, los interrogantes exigen un repensar los contextos de las Américas en “movimiento” (Pizzi, 2022), donde las dictaduras de la segunda mitad del siglo XX podrían ser el centro gravitacional para, incluso, seguir con el debate acerca de la hipótesis de la guerra en el período post-dictaduras. Es decir, aunque en el proceso de redemocratización se perciben algunos cambios, sigue vigente un tipo de discurso belicoso, sea a través de manifestaciones de odio, de racismo o, incluso, en el intento de avivar personajes despóticos o justificar la acción de torturadores y verdugos arbitrarios.

En este sentido, la situación estructural latinoamericana acerca de las crisis actuales, violencias y discriminaciones supone un diagnóstico de largo plazo, con lo cual se pueden también definir las incertidumbres que rondan la democracia, y las posibilidades de revertir situaciones de pobreza de gran parte de los ciudadanos, hasta lograr una justicia social capaz de resolver las desigualdades y las discriminaciones de tipo patológico. El hecho de alternar, a lo largo de los últimos 70 años, “décadas de democracia representativa y los regímenes autoritarios” (Domingues, 2017, p. 434), ha ido generando un incremento de la desconfianza. Es decir, la suposición de avances y retrocesos o instigaciones y frenazos, sin alternativas, ha dado origen a una especie de desorden de las expectativas de cambio, de forma que la acción de los sujetos se reduce al simple sobrevivir y cada vez más aisladamente.

De este modo, el análisis requiere conectar el período de las dictaduras con la etapa posterior, es decir, con las post-dictaduras. No hay cómo separar taxativamente una de otra porque las formas de discriminación, los niveles de desigualdad, las reivindicaciones por justicia y democracia, las luchas sociales siguen y persisten, pero sufren los efectos de un cansancio a veces abrumador. La idea de crisis cíclicas avala ese espíritu latinoamericano de luchas sin

resultados ni glorias.

Este es el aspecto clave de la cuestión, porque ya hace mucho tiempo que las crisis siguen persistiendo en prácticamente todos los países de América Latina. Desde nuestro punto de vista, eso tiene que ver con el aspecto intrínseco de la Doctrina de Seguridad Nacional y de la hipótesis de la guerra interna, un despotismo con consecuencias muy importantes en los períodos posteriores. De ahí nace el interrogante: ¿por qué las rondas de crisis se reiteran, aunque la esperanza haya sido el leitmotiv del período post-dictaduras? La pregunta que no quiere acallarse indica que los latinoamericanos se enfrentan a permanentes olas o ciclos de crisis, alternando o involucrando, al mismo tiempo, aspectos económicos, sociales, políticos, culturales, migraciones y hasta cuestiones étnico-raciales entre otras (Pizzi, 2021; 2022).

Desde esta perspectiva, la división entre dictadura militar y post-dictaduras permite entender un tipo de “plan estratégico” – para utilizar la expresión del general Golbery – que se sostiene desde la hipótesis de la guerra. Aunque haya diferencias y especificidades en cada uno de los países latinoamericanos, esa división subraya dos expectativas distintas, pero con un plan estratégico que sigue incrustado y que afecta áreas centrales como la economía, la dinámica político-social y motivacional, con resultados nada esperanzadores.

En el caso de Brasil, han sido 21 años de gestión dictatorial – del 01 de abril de 1964 hasta 1985.² Al ser la primera del último ciclo de dictaduras, sirvió como escuela para otras dictaduras latinoamericanas, principalmente las del Cono Sur. Mientras tanto, el paso de las dictaduras a la democracia fue motivo de conmemoraciones y regocijos. En este sentido, la nueva Constitución brasileña de 1988 fue promulgada como una Carta Magna con un fuerte carácter social. Es decir, se sostenía como un gran hito la erradicación de la pobreza y de la marginación, la reducción de las desigualdades sociales y regionales en vistas al bienestar de todas las personas. Así, por mucho tiempo, los individuos y los grupos sociales mayoritarios han creído – y hay razones para seguir creyendo – en el refrán que da consistencia al carácter “social” de la actual Constitución, un logro muy importante subsecuente al fin de la dictadura militar.

Entonces, el hecho de percatarse de una situación de crisis significa entender el modus operandi de las dictaduras y los períodos de democracia en sus distintas cadencias. En efecto, esas olas sociopolíticas repercuten en los espacios nacionales, pero hay también reflejos importantes en el contexto de los países vecinos y en el Cono Sur.

De hecho, en diferentes países hay aspectos contextuales distintos: a veces predomina la violencia o el despotismo es más laxo; los períodos pueden ser más largos o cortos, repitiendo procesos políticos e ideológicos parecidos con repercusiones muy importantes en la vida social. En otras palabras, las dictaduras latinoamericanas han creado un modus operandi más allá de su propio espacio de tiempo. Eso quiere decir que no hay cómo separar el período dictatorial de los posteriores, aunque ellos representen el retorno de una democracia mínima. Al final y al cabo, los moldes de las dictaduras se mantienen y persisten como posibilidad u otras formas de amenaza.

En el plan estratégico, las motivaciones fundamentales de este modelo militarista están presentes en el quid de la Doctrina de Seguridad Nacional. El sesgo estratégico indica su carácter de medio-fin, paradigma volcado al control despótico del poder y al dominio social. El control del poder político por los militares significó la combinación entre la garantía de orden y la obediencia con base en la represión y al uso de la violencia con fines sociopolíticos. Entra en escena entonces un autoritarismo opresivo sin fronteras, con un modus operandi que avasalla las libertades y atropella los derechos humanos.

El autoritarismo dictatorial se apoya en presupuestos de corte estratégico-instrumental, porque no se trata de un control a favor de todos, sino de la gestión vertical del Estado y del poder en vistas al control político-ideológico. Por tanto, se transforma en ideología, pues sostiene el pseudo-mérito del autoritarismo tecnocrático y militar-salvacionista. Por eso, el sesgo ideológico de la doctrina sirve de base para grupos militares y civiles, la industria de armas e incluso –insistimos– para organizaciones de la sociedad civil que sostienen el belicismo nefasto y que, a través de sus astucias, diseminan discursos de odio. Ese es, por tanto, el rostro despótico del autoritarismo en lo relativo a la utilización del poder desde el sesgo militar.

2. Una doctrina con base en la hipótesis de “guerra a muerte”

Las dictaduras latinoamericanas han tenido un respaldo muy importante en la Doctrina de Seguridad Nacional, donde la hipótesis de guerra constituye el eje de la seguridad de cualquier país. El hito del “adoctrinamiento en seguridad nacional” se convirtió en estrategia para la represión ante la amenaza de enemigos internos y/o externos. Sus vínculos transnacionales les ha permitido “un entramado colaborativo denso entre países que tenían contactos históricos como

sucede con los países del Cono Sur (Echeverría, 2020, p. 42). En el caso brasileño, el personaje principal – y gran mentor y enseñante del plan de seguridad estratégico – fue el general Golbery do Couto e Silva (1911-1987)³, que fue autor de obras como *Planejamento estratégico* (1955) y *Conjuntura política nacional: O poder executivo & Geopolítica do Brasil* (1981).⁴ Este segundo libro se divide en dos partes. La primera trata de la “coyuntura política nacional” y de las dificultades que los militares tenían ante la creciente insatisfacción y la necesidad de “apertura democrática”. La otra se ocupa de la geopolítica de Brasil, con diversos capítulos escritos en los años 50, completando lo que ya estaba plasmado en el libro *planeamiento estratégico*.

El teorizante y estratega del golpe de 1964 expresa, a través de sus textos, el núcleo fundante de lo que se puede considerar como la Doctrina brasileña de Seguridad Nacional, la cual ha servido de inspiración y, al mismo tiempo, regla de oro para el control del poder y del designio de las instituciones brasileñas – y con claro impacto, por supuesto, en otras sociedades y ejércitos latinoamericanos. Con la dictadura militar, esa doctrina ya era enseñada y observada por los militares europeos y norteamericanos, aunque los grupos nacionalistas tenían – o tienen – como hito la “contención del expansionismo soviético”. A pesar de haberse alimentado de tradiciones diferentes,⁵ su configuración ocurrió en los años 1950, es decir, ya antes del inicio de las dictaduras. Se trataba, entonces, del diseño de una doctrina con base en la hipótesis de la guerra, volcada principalmente a la “política de corrección” frente a los enemigos internos o externos (Couto e Silva, 1955, p. 77).

El sesgo estratégico consideraba un tipo de coerción hacia una amistad cívica. Sin embargo, en la práctica, las disputas por el poder conducían a una guerra entre amigos y enemigos. Es decir, se constituye en un sistema basado en la militarización del poder y de la sociedad en general. El control del poder suponía, entonces, una degradación democrática, bajo la cual se consideraba a los opositores como traidores, subversivos o criminales (Souza Neto, 2020, p. 37).

Por eso, la perspectiva de “guerra a muerte” tiene sintonía con el planteamiento de Erich Fromm, de modo especial cuando hace referencia a la necrofilia, una inclinación y fascinación por “todo lo muerto”. O sea, a enfrentar las “formas malignas” de las acciones que, según el autor, representan la “quintaesencia del mal”, pues se identifica como un “estado patológico más grave y raíz de las destructividad e inhumanidad más depravadas” (Fromm, 1980, p. 36). En efecto, las orientaciones “que se dirigen contra la vida” están vinculadas a la necrofilia, o sea, “amor a la muerte”.

No hay dudas que la necrofilia indica un carácter típico de “agentes del mal”, algo muy cercano a lo que se ha denominado *Overlapping malicious* (Pizzi, 2021, p. 162 ss). Como dice Bonete Perales, los círculos del mal afectan “gran parte de las esferas” de la sociedad y del Estado (2017, p. 19). En otras palabras, se trata de individuos que forman redes (nacionales e internacionales), con autores bien definidos, en vistas a derrumbar el Estado de derechos, y que se valen de medios para diseminar el odio, el resentimiento y el fin de la democracia. De este modo, parece que hay un motivo común en los círculos militares en sostener un sentimiento intenso a la muerte, con una atracción y fascinación por esta sin precedentes. Por eso, esas personas no pierden ninguna oportunidad para expresar y hacer un llamamiento a lo muerto, como “cadáveres, heces, basura”. En síntesis, se trata de individuos –como Hitler, Stalin o Eichmann– fascinados al hablar de “enfermedades, de entierros, de muertes” (Fromm, 1980, p. 38).

En este sentido, Fromm se reporta a Unamuno, en ocasión de una proclamación del general Millán Astray en la Universidad de Salamanca, en 1936. Tan pronto dicho militar terminó su ¡Viva la muerte!, el rector Unamuno le respondió que acababa de oír un necrófilo e insensato grito de amor a la muerte. En el libro *El corazón del hombre*, Fromm hace mención a lo ocurrido, destacando la ridícula manifestación de un general “inválido” que utilizaba la “fuerza bruta” para convencer y persuadir a la gente (1980, p. 37).

Esos individuos, insiste Fromm, son “aficionados a hablar de enfermedades, de entierros, de muertes” (1980, p. 38). El mito de la guerra “por todos los medios” utiliza el lenguaje del “miedo” como elemento de persuasión (Comblin, 1979b, p. 142). Por eso, la devoción a la ley y el orden, y su fuerza rebasa “en el poder para matar” (Fromm, 1980, p. 39). Es así que la persona necrófila convierte “lo orgánico en inorgánico” y pasa a mirar la vida mecánicamente, “como si todas las personas vivientes fuesen cosas” (Fromm, 1980, p. 41). Se trata, por tanto, de la fijación a la muerte, una “verdadera perversión” con un interés nefasto por la vida.

Como se destacará a continuación, esa orientación fóbica, cargada de odiosidad, y, por tanto, perversa también fue la esencia de la Doctrina de Seguridad Nacional, apoyada en una ontología del poder con vistas al fortalecimiento del potencial nacional, pero con un fuerte carácter belicista y necrófilo.

3- Una ontología del poder para la seguridad nacional made in Brazil

Con el fin de prepararse ante una posible agresión de los enemigos reales o ficticios e impedir sus aspiraciones al poder, quienes impulsan la Doctrina de Seguridad Nacional la tornan como el imperativo de la planificación de los Estados nacionales latinoamericanos, tanto en su constitución interna como frente a los demás Estados. Esa doctrina “se encuentra en los cursos de las escuelas militares” con vinculaciones con los demás regímenes latinoamericanos. Sirve de “fundamento y es invocada, explícita o implícitamente, en los manuales y cursos de estrategias de las escuelas de guerra” (Comblin, 1979a, p. 28). En este sentido, hay una doble representación, por lo cual la planificación supone fronteras muy definidas entre los Estados nacionales, pero, por otro lado, el aspecto colaboracionista transnacional entre militares de distintos países ha sellado vínculos multilaterales para perseguir, violar y matar sin piedad a mucha población. Con el tiempo, las cooperaciones trasfronterizas delatan una relación muy fuerte con los militares norteamericanos.⁶

De este modo, el fortalecimiento del potencial nacional se articula en torno a dos objetivos: los actuales, es decir, vigentes, pero con una mirada muy celosa de los objetivos nacionales permanentes. En diferentes partes de sus textos, el militar brasileño Couto e Silva reitera la definición de los objetivos nacionales, divididos en vigentes y permanentes. Se trata del punto de vista teórico y práctico vinculado a la ideología de seguridad nacional, una fórmula made in Brazil. Los objetivos vigentes (o del momento) se encargan de los antagonismos tanto en el horizonte interno como en el campo internacional. Se trata, por tanto, de controlar y superar las adversidades, en contrariedad con los objetivos continuos.

A su vez, los objetivos permanentes representan la piedra angular de la doctrina. Aunque no sean alcanzados en su plenitud, su realización supone un esfuerzo constante, pues, como señala el militar brasileño, ellos representan los “intereses y aspiraciones nacionales” y, por eso, ofrecen las motivaciones inherentes a cualquier “manifestación de un pueblo como Nación” (Couto e Silva, 1955, p. 31). En este sentido, la Nación “es una sola voluntad, un solo proyecto; es voluntad de ocupación y de dominación del espacio [...] Este proyecto encuentra la oposición a otros proyectos parecidos o incompatibles con él” (Comblin, 1979a, p. 31). En otras palabras, se trata de la “traducción de los intereses y aspiraciones del grupo nacional, en vistas a la supervivencia como grupo, o sea, aseguradas las tres condiciones básicas de autodeterminación, integración creciente y prosperidad” (Couto e Silva, 1955, p. 68).

La dinámica del plan made in Brazil se centra en cuatro factores o categorías fundamentales: político, psicosocial, económico y militar, que cumplen con la doble perspectiva nacional e internacional. De ahí que planear significa autodeterminación y soberanía, por lo cual la Seguridad Nacional supone “políticas de consecución”, el “fundamento de cualquier planeamiento estratégico nacional” (Couto e Silva, 1955, p. 78). Los objetivos vigentes son considerados como punto de partida hacia los permanentes. Es decir, el fin último corresponde a los objetivos nacionales constantes, con lo cual no hay otra salida sino definir las estrategias – en torno a los cuatro factores – para alcanzar las metas y, entonces, fortalecer el potencial nacional.

La división entre objetivos vigentes y permanentes supone estrategias a través de las cuales sea posible reducir o anular las vulnerabilidades de cada país y, de esta forma, fortalecer el potencial nacional. Las estrategias nacionales están vinculadas a la capacidad de poder que un país posee en vista a sus objetivos permanentes, la cual está directamente ligada a las estrategias del planeamiento de los objetivos nacionales. Eso significa el empleo de medios y fines para alcanzar los ideales de autodeterminación, integración y prosperidad nacional.

En efecto, el poder nacional corresponde a la capacidad del Estado para asegurar el orden interno. En lo normal y corriente, eso significaba garantizar la “ley y el orden”. Por supuesto que se trataba de un orden estratégicamente planeado en vistas al control del Estado y de los mecanismos de gestión. Los disidentes y adversos eran considerados como enemigos de la patria, o sea, concebidos como antagónicos a la doctrina como tal y a su aplicación. Es decir, a “coligaciones o alianzas más o menos ostensivas o apenas presumidas” en oposición a los objetivos estratégicos; por ese motivo, debían ser neutralizados ya que representaban una amenaza a la ley y el orden (Couto e Silva, 1955, p. 377).

En los años 50 y 60 del siglo XX, el expansionismo de las potencias mundiales exigía un planeamiento estratégico con el fin de garantizar no solamente la autonomía de cada país, sino también el control de las fuerzas externas. Es decir, se trataba de evitar el colonialismo extranjero, pero sin poder renunciar a intereses más allá de sus propias fronteras nacionales. En el caso de Brasil, era impensable un cambio hacia un tipo de socialismo soviético, por lo que los vínculos con Estados Unidos eran un hecho más que evidente. Por eso, la “hipótesis de guerra” permanente tenía como preocupación la posibilidad de un cambio de rumbo, lo que podría poner en peligro los objetivos nacionales

permanentes.

Entonces, diseñar una Doctrina de Seguridad Nacional significó la adopción de la enseñanza de la Escuela de las Américas, bajo control del Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América. De hecho, “los Estados Unidos no han tenido un papel positivo en el golpe de 1964” (Green, 2024, p. 30). Evidentemente, lo mismo se puede afirmar acerca de las demás dictaduras latinoamericanas.⁷

Como ya se ha destacado, Couto e Silva ha sido el general brasileño que difundió la Doctrina de Seguridad Nacional. Según Dinges, los militares sudamericanos tomaron cursos de formación en la Escuela Superior de Guerra (ESG) brasileña, culminando con la organización del plan Cóndor, de exterminio de los disidentes que escapaban de sus países de origen. Como subraya Laura Yanina Sala, la Doctrina de Seguridad Nacional ha sido presentada como un “cuerpo de ideas que permeó a las Fuerzas Armadas regionales” y eso se transformó en un “factor importante en la explicación de los formatos políticos que asumieran estas dictaduras y de los procesos de represión estatal que las mismas llevaran adelante” (2022, p. 3). En este sentido, el doble carácter de las fronteras designaba un proceso estratégico de la seguridad nacional y, al mismo tiempo, regional.

En tiempos donde se disemina la tensión bélica entre potencias distintas, la “amenaza comunista de origen extracontinental” no constituye un simple episodio “de la lucha gigantesca entre los EUA y la Rusia” (Couto e Silva, 1955, p. 376). Eso tiene sentido cuando uno se percata de los fundamentos doctrinarios de la seguridad nacional. Sus raíces se acercan a una ontología del poder, de un potencial que conecta “conceptos fundamentales de existencia, de potencia, de acto y de ejecución”. Por eso, la referencia de Couto e Silva al poder potencial da a entender los alcances de la Doctrina de Seguridad Nacional. Se trata de un Poder en acto o Poder actual, de modo que “el Poder es siempre Poder actual (existente) y al mismo tiempo es Potencial o capacidad de ser en el futuro un Poder diferente, lo que posibilita la transformación del Poder actual en Poder futuro ante la actualización del Potencial” (1955, p. 202).

Renglón seguido, el general brasileño explica que esa ontología supone una lógica operativa, es decir, la búsqueda de medios volcados a alcanzar los fines, con lo cual no existe salvación fuera del Poder. Desde las consecuencias prácticas, “esta ontologización de la relación amigo-enemigo sugiere” que, según Habermas, los medios y fines “están siempre al servicio del enmascaramiento universalista de los propios intereses particulares” (2006, p. 27). Entonces, la insistente demostración de Poder supone el reconocimiento del Potencial de Poder, mientras el Poder como tal representa ser “realmente poder y nunca como Potencial” (Couto e Silva, 1955, p. 202). Frente a la hipótesis de guerra, la ontologización exime la responsabilidad de los agentes militares, pues remite a la Doctrina de Seguridad Nacional como la encargada de planear el Poder Nacional desde la integración cuaternaria de los poderes político, económico, psicosocial y militar (1955, p. 211).

De hecho, los agentes de la represión utilizaron la doctrina como excusa para sus actitudes como si ellos fuesen los guardianes de este súper poder y, por eso mismo, ejecutores de las determinaciones de la ley y el orden nacional. Como afirma Abbé Talleyrand, “hay muchas cosas que uno puede hacer con las bayonetas, excepto sentarse en ellas” (Apud Dallmayr, 2022, p. 10). Entonces, el autoritarismo despótico siempre utiliza la violencia, pero los idealizadores, mentores y verdugos permanecen incólumes. De este modo, es posible entender el vaticinio de Arendt sobre las confesiones de algunos jefes nazis, cuando fueron cuestionados por sus actitudes en un sistema dictatorial. Al parecer, la ontologización abre camino a excusas típicas de un sistema despótico, o sea, anómalo y desgraciado.

Desde mi punto de vista, la ontologización del poder se apoya en otro aspecto, que me parece importante. En los años 50 del siglo XX, existió un movimiento que intentó sostener el tradicionalismo conservador desde una determinada hegemonía del neotomismo (Jaime, 2002, p. 35). La presencia de clérigos en la enseñanza universitaria le otorga un aire significativo a la neo-escolástica, traducida como “una apología del neotomismo” con un tipo de argumentación “capaz de convencer un amplio público de oyentes” (Acerboni, 1969, p. 143). Con la proliferación de la enseñanza de filosofía, bajo la influencia catalizadora de la iglesia católica, los “principios teológicos del cristianismo” asumieron los rasgos ideológicos conservadores, con una influencia muy importante del teórico Jacques Maritain (Severino, 1999, p. 37).

Ese ambiente contribuyó a ampliar un tipo de conservadurismo nacionalista volcado a defender la cultura moralista de un país en post de proteger un proyecto hacia el desarrollo. Entonces, el lenguaje moral tiene la pretensión de formar eficiente y espiritualmente, sea en el campo privado o público. En otras palabras, la moralidad privada supone la elección personal y es, por tanto, autoimpuesta, mientras que la pública es “impuesta por las leyes y sancionada por el Estado” (Comblin, 1979b, p. 152). Con esa base, el proyecto nacionalista asume una perspectiva ideológica tradicional,

un aspecto “meramente formal y, de modo especial, instrumental e funcional” (Acerboni, 1969, p. 104). No se trata, por tanto, de una idea crítica, sino de masificación de una ideología volcada a descubrir el país, a tomar consciencia de la realidad y de sus problemas y, entonces, diseñar un plan estratégico hacia el futuro y, de este modo, promocionar su desarrollo nacional y afianzar su emancipación. Es decir, ese proyecto pretendía instaurar el clima favorable para la aplicación de la Doctrina de Seguridad Nacional.

Ese contexto ultraconservador, tanto desde el punto de vista social como religioso, era el leitmotiv para entender las diversas manifestaciones públicas como favorables al golpe. La Marcha de la familia con Dios y por la libertad ha sido la fórmula encontrada por los grupos conservadores para promocionar diversos actos públicos en diferentes ciudades brasileñas. Una fuente importante para las inspiraciones iniciales fue el sacerdote irlandés Patrick Peyton, un eslabón anticomunista que fue capaz de congrega diferentes grupos de empresarios, políticos y sectores de la iglesia católica – en los últimos años, a través de grupos neopentecostales – volcados a sostener y diseminar ideas ultraconservadoras.⁸

En conversaciones, el profesor Ricardo Salas Astrain recuerda eventos multitudinarios que aparecen en el web, en los cuales este sacerdote irlandés logró convocar el apoyo de notables estrellas de Hollywood para crear la firma Family Theater Productions para promover los valores cristianos a través de la televisión. Mediante una coproducción española y estadounidense, también produjo la película Los Misterios del Rosario (en 1958), que representaban la vida de Cristo a través de la devoción mariana. Al fin y al cabo, tales marchas pretendían señalar una base socioreligiosa y cultural a favor del golpe y a la intervención militar.

El hecho de reunir personajes o representantes de diferentes sectores – militares, eclesiásticos y neopentecostales, terratenientes, empresarios y otros movimientos de la sociedad civil –, la Doctrina de Seguridad se apoya en un sesgo estratégico con el fin de garantizar un status quo conservador, elitista y militarista. Es decir, el poder en acto y el poder real de la ley y el orden. Aunque la división cuaternaria signifique un plan estratégico, la conjunción de fuerzas sin subordinación de un poder al otro, supone siempre el control militar. En este caso, el poder actual “mejor adaptado” y, por tanto, “más eficaz” para fortalecer el potencial nacional es el militar. En otras palabras, hay que “atribuir importancia relativa mucho mayor al Poder Militar” (Couto e Silva, 1955, p. 213).

Como se ha destacado, el poder militar no es la única fuerza por excelencia, pero se supone que sin ella no hay seguridad nacional. De ahí que el potencial estratégico nacional esté vinculado a los objetivos nacionales actuales (o vigentes). Lo estratégico aparece, entonces, como acto y potencia, es decir, como planeamiento de las “formas de expresión del poder” y, de este modo, aunar todos los medios o fuerzas políticas, económicas, psicosociales y militares de una Nación en torno a su “Poder máximo” para enfrentar las situaciones adversas. El hecho de planear el poder nacional pretendía sostener el equilibrio entre los cuatro campos de acción: político, económico, psicosocial y militar. Es lo que intentaremos desarrollar a continuación.

4- Los intereses estratégicos para el “equilibrio permanente”

Gran parte de la literatura revisada señala que en los Estados Unidos residen los teóricos que han idealizado la Doctrina de Seguridad Nacional. Sin dudas, la Escuela de las Américas ubicada en la región estratégica del Canal de Panamá fue y sigue siendo un centro importante para la enseñanza y difusión de la seguridad para gran parte de los oficiales y militares de las Américas. Como subraya Fernandes (2009), desde la década de 1930, esa doctrina ha tenido una propagación muy importante en la “intelectualidad militar” brasileña, enseñada en la Escuela Superior de Guerra.⁹

No hay duda que, a partir de los años 60 del siglo XX, la “doctrina” y la ideología del modelo made in Brazil han servido para legitimar las dictaduras militares, principalmente del Cono Sur, en la lucha anticomunista. La “guerra al terrorismo” por así decirlo sostenía la supresión de la subversión y del comunismo (Dinges, 2005, p. 31). Es decir, la seguridad nacional ha sido la excusa para perseguir líderes civiles o militares preocupados con la democracia. La represión empuja a la clandestinidad a quienes denunciaban la injusticia económica y social con el pretexto de una “guerra preventiva o simbólica” frente a “grupos disidentes revolucionarios” organizados (Couto e Silva, 1955, p. 233).

Ese tipo de populismo anti-intelectualista considera de manera aislada la actividad policial de los límites jurídicos (Souza Neto, 2020, p. 39). Es decir, las acciones policiales-militares no están sujetas a ningún tipo de control jurídico, a punto de perseguir, torturar, asesinar y hacer desaparecer, sin ninguna consideración legal. Esa red estratégica fue organizada mediante la Operación Cóndor, un “aparato de muerte” que, según John Dinges, integró militares del Cono Sur en los años más represivos, o sea, 1973-1980.

Por eso, más que una simple doctrina, los planes relacionados a la geopolítica de la seguridad nacional se han

sostenido en una ideología de “vertiente brasileña” que ha traspasado las políticas de control y de desarrollo de gran parte de los países latinoamericanos. En términos generales, la conocida Operación Cóndor ha sido el ápice de una “guerra contra el terror”. En este sentido, la figura del militar brasileño Golbery do Couto e Silva se relaciona con la de maestro y gran mentor de una geopolítica que va más allá de las dictaduras como tal. Muchas de las dificultades para esclarecer la situación de los detenidos desaparecidos y hacer justicia en los casos de torturados y ejecutados políticos encuentran en esta doctrina la justificación para no entregar los antecedentes al Poder Judicial ni a las Comisiones de Verdad y Justicia.¹⁰

Como ya se ha destacado, la obra de Golbery se basa en la hipótesis de guerra, de modo que el potencial nacional necesita obedecer a las estrategias de seguridad interna, y así cada país pueda asegurar las condiciones para su desarrollo político, económico y militar y, al mismo tiempo, un “sector de propaganda y de la opinión pública.” En el campo psicosocial, la propaganda y el control de la opinión pública son más importantes que “la asistencia social” (Couto e Silva, 1955, p. 314). Frente a la máquina de propaganda, las manifestaciones en contra pasan a ser simplemente tachadas como subversivas y, por eso, la necesidad de un “servicio de informaciones centralizado” (1955, p. 224). Según Couto e Silva, los medios para el control psicosocial son la “persuasión o la fuerza” (1955, p. 234).

En este punto, parece importante insistir que el general Couto e Silva ha sido el ideólogo más importante, quizá el adocinador más influyente de muchos círculos militares sudamericanos. La designación *made in Brazil* realza el impacto de sus predicaciones. Él se ha destacado en los análisis geopolíticos y en el modelo de aplicación de los centros de poder y fuerzas de control ideológico, político e, incluso, de los intereses económicos y ecológicos de la región. Con su obra *Planeamiento estratégico* (1955), antes del mismo golpe militar de 1964, ya tenía montado el plan de seguridad nacional, adoptado por los militares en las décadas posteriores no solamente en Brasil, sino también en el Cono Sur.

Sus textos señalan dos movimientos determinantes en la coyuntura de los Estados nacionales. Por un lado, la centralización de las actividades del Estado, con el fin de un “control permanente y eficaz” de la sociedad y, por otro, la presunción de un proceso de descentralización ligada a “una apertura política democratizadora” (Couto e Silva, 1981a). La última no equivale al fin de la guerra del terror, pues el sistema de frenos y contrapesos se mantiene, sin que haya conducido a la persecución de los enemigos (Souza Neto, 2020, p. 41). Por eso, al utilizar expresiones como *sístole* y *diástole*, Couto e Silva diseña rondas de control y estrategias divididas en etapas, o sea, la ontología del poder supone una perspectiva dialéctica que imbrica momentos distintos, aunque en su “inmanente oposición” (1981a, p. 18). La ontologización significa pues la centralidad del poder, con el control en las manos del ejército y de milicias paramilitares. Por eso, en todas las etapas, la ley y el orden social ha sido el gran lema para seguridad y el desarrollo de Brasil, sin que hayan terminado los acosos y hostilidades a los definidos como antipatriotas y enemigos.

El equilibrio del poder, afirma el fallecido general, alimenta por tanto la “ecuación de equilibrio permanente”, un control a través de “etapas sucesivas de centralización y descentralización” (Couto e Silva, 1981a, p. 21). En otras palabras, quedan al descubierto las distintas rondas entre períodos más duros y otros más blandos, por lo cual las dictaduras persisten y siguen intentando controlar el poder, sea directamente o bien influyendo en las tomas de decisiones políticas, económicas e ideológicas. Se trata, entonces, de difundir el carácter militarista del país, o sea, la militarización de la política y de las relaciones sociales a punto de mezclar, distribuir y monitorear las decisiones en el plan macro y micro de cada país. Así, los militares permanecen, aunque en la penumbra, como aquellos que se autoproclaman los guardianes del orden y de la seguridad nacional.

Durante la dictadura brasileña, en este proceso tecno burócrata, el equilibrio de intereses estratégicos introdujo un tipo de formación del espíritu nacionalista en los distintos grados de la enseñanza, mezclando, entre otros aspectos, el culturalismo y el “intelectualismo francés” con elementos del “pragmatismo norte-americano” (Acerboni, 1969, p. 41). La enseñanza ha sido un campo de aplicación. Desde un tipo de civismo rousseauiano y una moral patriótica, ha sido un lugar privilegiado para aplicar el plan estratégico y sus objetivos nacionalistas. En la enseñanza primaria y secundaria, por ejemplo, la asignatura ad hoc tenía el nombre de *Organização Social e Política do Brasil* y, en el nivel superior, de *Estudos de Problemas Brasileiros*. Se trataba de un “cuerpo de doctrina socio-política forrado de ideales” volcado a presentar un Estado-Nación en “plena fase de mejoramiento técnico y de progreso social, donde hay lugar para todos, desde que trabajen y cumplan, de modo perseverante, con sus deberes en las tareas a que se destinan” (Bosi, 1996, p. 314). Esa perspectiva supone simplemente la “negación de la política” (Comblin, 1979b, p. 199).

Otro campo que ha empleado el aspecto persuasivo sostenía la suposición de un Brasil extraordinario y con

proyectos descomunales y, por eso, el milagro brasileño identificaba un país que caminaba hacia adelante.¹¹ Los planes de desarrollo estratégicos no incluyen solamente carreteras u obras de infraestructura, sino también la colonización y ocupación de áreas del centro y del norte de Brasil. Con la dictadura, comienza una de las fases más devastadoras de los biomas brasileños (pantanal, cerrado y amazónico y la pampa – que es a su vez uruguayo y argentino), acompañada con la destrucción de las culturas y de la biodiversidad locales y regionales. Esa es la caja negra homicida de la dictadura brasileña, pues si los informes oficiales de muertos y desaparecidos suman cerca de 430 personas, ese proceso de colonización del Centro-Norte ha quitado la vida a más de 8.000 indígenas (Kehl, 2023).

Esos datos aparecen ahora, pero no en los informes de la Comisión de la Verdad u otros, por el hecho de que indígenas y campesinos del interior no pertenecían a grupos urbanos, sin muchas veces tener la mínima idea de lo que era una dictadura. El plan de los militares era modernizar la agricultura brasileña, ofreciendo incentivos a todos los que deseaban ocupar áreas consideradas improductivas y *pari passu* muy apropiadas a la agricultura en gran escala. Los minerales representaban también otra forma de codicia de los territorios, con efectos ambientales catastróficos. En otras palabras, los planes estratégicos nacionales indican que no hay fronteras para el desarrollo y la colonización. Por eso, la ecuación del equilibrio permanente significaba un desequilibrio en la biodiversidad y para los biomas.

Ahí comienzan los conflictos más graves del centro oeste brasileño y de la Amazonía, con el asesinato selectivo de líderes o, de modo ostensivo, un sin fin de muertes por causa de enfermedades transmitidas por los colonizadores, sea gripe, sarampión, varicela, viruela, entre otras, sin contar con el uso de químicos para contaminar los ríos selváticos. El desplazamiento humano fue monumental, sin asegurar que hasta el día de hoy haya una protección efectiva a los pueblos originario de diversas regiones del país y amazónicos.

Día tras día, esa conflictividad ambiental indica una guerra permanente entre los que buscan el desarrollo del país a través del agronegocio versus los que se oponen o insisten en modelos alternativos. Entonces, no hay dudas que, tanto durante las dictaduras como en el período post-dictadura, las “historias de crueldad, heroísmo y sufrimiento” repercuten en el presente. Por ejemplo, el Dossiê ditadura: mortos e desaparecidos políticos no Brasil 1964-1985, trae a la luz un listado de víctimas y de sus verdugos (2009). No se trata de una simple pesadilla, sino de una violencia desmedida y sin control, por lo cual hay que rendir cuentas jurídico-políticas. El problema por tanto sigue pendiente, principalmente ante el hecho de no haber, hasta la fecha, ninguna condena, sino solo el conocimiento de los detalles de cada caso. Lo peor aún se relaciona al hecho que hay gente que hace proclamas rindiendo homenaje a los verdugos, como es el caso del ex presidente Bolsonaro. Él nunca ha perdido la oportunidad de demostrar su simpatía al general Ustra, uno de los verdugos más sanguinarios del DOI-CODI (Centro de Operaciones de Defensa Interna-Destacamento de Operaciones e Informaciones) del ejército brasileño.

5- La trampa de los intereses estratégicos

El acercamiento de “acciones estratégicas” de Habermas con el “plan estratégico” de los militares abre paso a la sospecha y al peligro subyacente a los planes estratégicos de la ideología de seguridad nacional made in Brazil. Evidentemente, son dos referencias distintas, pero cuando la acción estratégica tiene como trasfondo la guerra, ella se torna en “ejemplo clásico de acción” en vistas a la “utilización de medios de coacción, con la intención de disuadir o de subyugar físicamente al adversario” (Habermas, 2000, p. 216). El riesgo atañe a sus fines, éxitos y resultados a través de la elección y aplicación de los medios no solamente para el control del poder, sino también el interés para manipularlo persuasivamente. Para nosotros, esta noción nos permite sostener que la conducción de los planes estratégicos de la seguridad nacional puede ser considerada también como un ejemplo clásico de acción estratégica, con vistas a la coacción y la instrumentalización del poder y de la seguridad nacional.

Desde la publicación de su Teoría de la Acción Comunicativa, Habermas destaca entre los conceptos de acción susceptibles de racionalización, las acciones estratégicas que, según el alemán, “pueden entenderse como seguimiento de reglas de elección racional y evaluarse desde el punto de vista de la eficacia del influjo que un agente trata de ejercer sobre las decisiones de un oponente (u oponentes) racional” (Habermas, 1989, p. 480). Se trata, pues, del “tipo de acción que es a la vez social y orientada en función de medios-fines” (McCarthy, 1987, p. 45). La perspectiva habermasiana nos permite advertir que, en la acción estratégica, subyacen reglas de una elección “racional con respecto a fines”, a través de las cuales los sujetos persiguen fines, logran éxitos y buscan resultados desde la elección y aplicación de los medios que le parezcan apropiados para la consecución de sus intereses particulares.

Habermas dice que esa forma de influencia recíproca se denomina a menudo utilitarista, pues “supone que cada actor

elige y calcula los medios y fines desde el punto de vista de la maximización de utilidad o de expectativas de utilidad” (1989, p. 483). Al ser así, las actividades estratégicas depositan a veces su confianza de validez en la autoconciencia del sujeto monológico y, por esta razón, cierran el camino hacia la búsqueda de justificaciones intersubjetivas, pues tienen como punto de partida del entendimiento una suposición monolingüe. Al relacionar ese carácter con los dogmas de la Doctrina de Seguridad Nacional, los planes estratégicos no pasan de ser la voluntad de una minoría, es decir, el control de la ley y el orden soñado por los militares, con la obediencia ciega de parte de todos los que conforman la sociedad.

Por eso, la acción estratégica supone que los actores o grupos se orienten exclusivamente hacia la realización de sus intereses particulares. Los éxitos responden a objetivos volcados en su provecho, de modo a ejercer una influencia determinante sobre los demás. Por ello, las decisiones o motivos justifican la utilización de instrumentos o dispositivos, sea a través de imposiciones, amenazas o violaciones. En este sentido, dicha orientación en el accionar no deja de ser una manipulación persuasiva o incluso el uso de la fuerza en orden a hacer prevalecer unos intereses u opiniones de una minoría sobre la gran mayoría. Al respecto, uno puede percatarse del acercamiento de Habermas a Arendt para equiparar “la acción estratégica con la instrumental”, pues cuando se trata del armisticio de la guerra, ella “es tan violenta como la instrumental” y, por este motivo, “cae fuera del ámbito de lo político” (Habermas, 2000, p. 216).

De este modo, la perspectiva medio-fin de las acciones estratégicas, así como lo expuso Habermas, permite señalar también el planeamiento estratégico de la Doctrina de Seguridad Nacional muy centrada en manipular persuasivamente en vistas al control del poder. Es importante destacar este aspecto, pues se trata de elecciones volcadas a consolidar estrategias de dominación, sin compromiso con la justicia y la democracia. En palabras del general Golbey, el plan sostiene acciones “planificadas” en vistas a controlar “el pensamiento político, el pensamiento social y hasta mismo el pensamiento militar” (1955, p. 21).

En su sentido político y dictatorial, el modus operandi de los intereses estratégicos puede conllevar un carácter totalitario. Las motivaciones de los regímenes totalitarios señalan intereses políticos o propagandísticos en aras del control total de la sociedad. En palabras de Demenchonok,

El totalitarismo (del latín totalitas) es un término que caracteriza a un régimen autocrático que apunta hacia un control “total” sobre la sociedad y de todos los aspectos de la vida de sus ciudadanos a través del monopolio de un partido y el culto de su líder, ideología y Estado, que utiliza represiones (2021, p. 280).

Entonces, el monopolio y el culto del poder determinan las nociones de “guerra y revolución”. La “cosecha de éxitos” puede confundirse con la dominación y transformar el poder en una búsqueda unilateral, es decir, en un proyecto estatal en manos de una minoría. De este modo, la ideología de Estado rechaza la intersubjetividad comunicativa y las acciones orientadas al bien de todos. La cuestión central expone una duda sobre los regímenes calificados como dictadura y los denominados totalitarismos. De hecho, con el concepto estratégico nacional, la Doctrina de Seguridad Nacional tiene como finalidad el resguardo de la “actual y futura

soberanía nacional, con la garantía de la libertad del pueblo y este mismo pueblo podrá elegir libremente el estilo de vida que lo seduce con más gallardía” (Couto e Silva, 1955, p. 26). En tiempos de mecanización y tecnicismo de la guerra, la consecución de estos objetivos exige, según Couto e Silva, la conjugación de las Fuerzas Armadas con el ámbito “político y, de modo especial, del económico” (1995, p. 26).

Ante las afirmaciones de Couto e Silva, sus conceptos cohesionan. En efecto, la perspectiva omniabarcante crea las condiciones para una “mentalidad endurecida fanáticamente”, de forma que permita la “represión de resonancias cognitivas” (Habermas, 2006, p. 20). Desde el punto de vista teórico-filosófico, es posible entonces entender la ontologización de la categoría amigo-enemigo como “intentos de juridificar a nivel global las relaciones entre los sujetos belicistas” de forma de encubrir los “propios intereses particulares” (Habermas, 2006, p. 27). Al ser así, el plan estratégico de las dictaduras latinoamericanas ha contribuido a enmascarar intereses de grupos privilegiados, patrocinando un tipo de terrorismo que ha servido para justificar la tortura, la persecución, el encarcelamiento, el asesinato y desaparecimiento de gentes que no han adherido al macro-plan estratégico.

La redemocratización ha sido claramente una señal de esperanzas. Pero las dificultades y desafíos siguen, pese a los intentos. De hecho, muchas venas permanecen abiertas y, por eso, las luchas sociales exigen respuestas muchos más evidentes.

6- Dificultades, intentos y desafíos

Como primer punto y tratándose de aspectos económicos reales o concretos, los datos recientes revelan que las injusticias y los niveles de corrupción no han variado en los últimos años.¹² Más allá de la vulnerabilidad de “nuestra compleja civilización” (Habermas, 2015, p. 15), hay buenas razones para sostener la necesidad de cambios, de modo de superar, en forma perentoria, la “guerra total y de opresión totalitaria, de barbarie mecanizada y de genocidio burocrático” (Habermas, 2015, p. 14). Sin entrar en la cuestión de un “contexto mundial cada vez más violento” y revuelto según indica el informe de Transparencia Internacional, los niveles de desigualdad y de discriminación se mantienen y continúan hace ya mucho tiempo, en los mismos rangos. Una ojeada en los datos muestra que, desde hace décadas, continúa una desigualdad brutal y las discriminaciones sociales, políticas, económicas y culturales con profundas grietas.

En el caso brasileño, la Constitución de 1988 ha sido fundamental para el proceso de democratización. Sin embargo, esta ha reservado a los militares una ventanilla tramposa desde la cual ellos podrían justificar un golpe de Estado. Por eso, no hay dudas que el golpe de 1964 congregó militares, empresarios y élite conservadora, mistificando la opinión pública a través de la mentira, la manipulación, la violencia y el poder de las armas. Esa posibilidad aún persiste, pero ya comienza un debate más sistemático para cambiar el contenido del artículo 148 de la Constitución actual. Este artículo señala que, en caso de calamidades, guerra externa o de su eminencia, o bien, por tratarse intereses nacionales de suma urgencia, los militares tendrán – o deberían tener – prioridad en la toma de las decisiones.

Por otra parte, con el intento de poner límites a los excesos, la Constitución de 1988 creó el Ministerio Público (MP), con la función de realizar el control de los excesos por parte de los agentes públicos o militares. Este organismo sustituye la justicia militar, encargada de juzgar los “infractores civiles o militares”. O sea, la seguridad nacional estaba subordinada a la justicia militar, en manos de las fuerzas armadas. El Ministerio Público reemplaza al tribunal de seguridad y asume la incumbencia de defender el orden jurídico y el régimen democrático. En otras palabras, se hace cargo de la tarea de controlar al Poder Ejecutivo, las policías y otros agentes públicos para evitar excesos y arbitrariedades tal como han sido cometidos durante la dictadura. Se trata, pues, de un control relativamente externo a los agentes del Estado, luchando por el patrimonio público y cultural, medio ambiente, defensa de los pueblos originarios, cuidando además la improbidad administrativa, entre otras cosas.

Todavía, los traumas de la dictadura siguen vivos en la sociedad brasileña. Incluso, intentos como la creación del Ministerio Público se enfrenta al peligro de un paternalismo jurisdiccional. O sea, persiste la creencia de una minoría de edad de la sociedad civil y de los agentes públicos, por lo cual hay que seguir con una vigilancia permanente, de modo que la autorrealización no esté vinculada a la emancipación y la autonomía pública o privada de los sujetos. En su constitución interna, los integrantes del Ministerio Público sufren de desconfianza de legitimidad, pues los jueces son nombrados y no electos. Hay, por tanto, un déficit democrático. No es casualidad que a menudo aparezcan situaciones relacionadas a integrantes que distorsionan sus actividades o acciones en favor de intereses privados.

Por lo demás, las cuestiones sociales y económicas constituyen grandes desafíos. En el plan social, hay una especie de argumentación tramposa, pues los datos revelan que la desigualdad y la discriminación siguen en los mismos promedios históricos. Es decir, si uno mira detalladamente los datos de los últimos 60 años, y los compara con la situación de pobreza y marginación social, la conclusión es clara: no hubo cambios sustanciales. En otras palabras, Brasil es hoy día uno de los países más desiguales del planeta y esa situación se mantiene hasta la actualidad. Según el informe de World Inequality Lab (2021), los 10% más ricos concentran prácticamente el 60% de la riqueza nacional.

Entonces, si eso viene de lejos, no hay dudas que tanto el período de la dictadura como el posterior han mantenido similares promedios de desigualdad y pobreza en el país, ya que los cambios prometidos por los militares y, posteriormente, por los actores de la democratización han seguido prácticamente en los mismos estándares. De hecho, las consecuencias son más que “destructivas”, con un proceso de degradación de las condiciones de vida y del medio ambiente, miseria en regiones enteras, sumisión a la condición de esclavitud, como también humillación y menosprecio de grupos étnicos y culturales.

En el horizonte político, hay también tinieblas. La hipótesis del “golpe” sigue viva. No se trata de modelo clásico convencional de dictadura. En el promedio de los sectores “derechistas”, sale a la luz un número significativo de ultras y fanáticos. Se justifica, entonces, la domesticación del poder político desde la capacidad de autoafirmación del Estado por la fuerza (Habermas, 2011, p. 114). En este sentido, los dispositivos definidos por la seguridad nacional siguen

vigentes y, por eso mismo, permanece el riesgo de nuevas dictaduras. Es decir, los fanáticos del belicismo militarista parecen recobrar su vigor, pues no solo utilizan las redes para difundir sus ideas, sino que se asumen como movimiento en permanente asedio del poder político y del Estado de derechos.

Por último, entre las dificultades y desafíos, sigue aún viva la excesiva militarización de la sociedad. Es decir, la influencia y el entrometimiento de los agentes militares en sectores importantes del Estado y de otras actividades. El ejemplo más explícito remite a militares jubilados que están en sectores de gestión de empresas, sean ellas multinacionales o nacionales. O sea, además de los encargos públicos en sectores estratégicos del país y de funciones de gestión o ministerios, muchos militares siguen en puestos estratégicos en las grandes empresas y, en algunos casos, como agentes políticos.

En el aspecto simbólico, lo llamativo remite a la cantidad de plazas, calles, monumentos y otros lugares con denominaciones castrenses o figuras ligadas al belicismo. A veces, el imaginario social sigue asociando a figuras del pueblo, ciudad o región con representaciones militares. En cada ciudad, poblado o en las mismas áreas campesinas o regionales del Brasil y otros países latinoamericanos, se pueden ver nombres que aluden a estas figuras o a sus movimientos belicistas. Si hablamos de películas, la cantidad y el estilo también realza hechos e hitos ligados a las fuerzas armadas desde un sesgo triunfalista. Incluso, algunas fechas, actos públicos y conmemoraciones (locales o nacionales) tratan de avivar esa memoria de hechos o incursiones militaristas.

En síntesis, los años de dictadura han conseguido consolidar un militarismo de tipo salvacionista, sustituyendo el afán por un carácter ciudadano y democrático de la política. No hay dudas que ese proceso sociocultural ha sustentado un sesgo belicista y, por eso, la militarización de los vínculos humanos tiene consecuencias nefastas para la convivencia. Por eso, hablar de patologías sociales significa también enfrentar el despotismo de los planes estratégicos volcados a diseminar perversiones, atrocidades, violencia y desconfianza.

Consideraciones finales

Para ir concluyendo, los contextos históricos de las crisis latinoamericanas sueñan con el paso a una democracia deliberativa como forma y camino para superar las desigualdades sociales y económicas. Las mudanzas sociopolíticas propuestas no han proporcionado un cambio de los patrones autoritarios, o sea, fue una táctica de cambio para que no cambie nada. Todos los datos indican la mantención de los mismos promedios, sea en el horizonte social o económico, con niveles de discriminaciones patológicas. Como indica Honneth (2011), son situaciones de “desprecio” sufrimiento, dolor y malestar.

Aunque hubo una democratización post-dictaduras, los ideales de ese plan estratégico de los militares persisten, de una forma u otra hasta hoy día, haciéndose visibles en los avatares simbólicos y en las estrategias que regulan y dan tono a muchas de orientaciones políticas, económicas, educativas y de desarrollo. Por eso, el intento de vincular la democracia desde la Doctrina de Seguridad Nacional exige replantear tales conceptos desde la noción de patología social. Es decir, los temas de justicia, igualdad-desigualdad y discriminación pueden expresar significados muy distintos. Por un lado, ellos pueden reflejar una noción saludable, pero, por otro, denotar fenómenos patológicos que afectan la vida y el convivir de las personas.

La distinción entre lo saludable y lo patológico posibilita entender lo que significa la justicia, la igualdad e, inclusive, la discriminación como algo necesario y fundamental para el convivir. Por ejemplo, la discriminación saludable – o “positiva” si uno prefiere – rompe con los patrones del igualitarismo para sostener una concepción de diversidad, sea entre géneros, razas, etnias, culturas etc. Más que necesaria, esa percepción abre camino para la “no exclusión”, pues convivir en la pluralidad exige la apertura a lo diferente. El reconocimiento sería, entonces, un primer paso para la hospitalidad en la diferencia.

De hecho, los conceptos de justicia, igualdad y discriminación pueden sostener – y eso sería lo que más fastidia en la actualidad – trazos patológicos, convirtiéndose en motor de las ideologías necrófilas. Se trata, entonces, de impulsos y actitudes nefastos que, según Erich Fromm, generan enajenación, una “enfermedad del hombre actual” (1994, p. 55). En esta misma dirección, Axel Honneth (2014) sostiene que las patologías sociales atañen al ámbito jurídico, moral y la vida democrática. Aunque la suposición de ausencia de injusticia o de dañoso, “las malas consecuencias pueden deslegitimar una buena intención” (Habermas, 2006, p. 33).

En este sentido, las dos orientaciones permiten percatarnos de conceptualizaciones con significados muy distintos. Son dos caminos con consecuencias radicalmente opuestas, no en el sentido dialéctico, sino diametralmente contrarias

en todas sus dimensiones. Desde mi punto de vista, cuestiones como ciudadanía, integridad, justicia, igualdad, discriminación y lo que esas nociones involucran, necesitan de reinterpretaciones pluridiversas, tanto en sus aspectos conceptuales como en el análisis de sus consecuencias prácticas. En palabras de Merleau-Ponty (1984), eso significa “pensar otra vez lo que hemos pensado” para, de este modo, poder entender los alcances y los déficits de conceptos tan ricos en contenido, pero con el fatal riesgo de enredarse en significados malsanos y nefastos para la fundamentación teórica y para las prácticas y los vínculos humanos y no humanos. A fin de cuentas, señalar los teóricos y prácticos de los planes estratégicos contribuye a repensar la ideología made in Brazil y sus correlaciones con otros países latinoamericanos, en particular con los del Cono Sur.

Referencias bibliográficas

- Acerboni, L. (1969). *A filosofia contemporânea no Brasil*. São Paulo, Brasil: Grijalbo.
- Bonete Perales, E. (2017). *La maldad. Raíces antropológicas, implicaciones filosóficas y efectos sociales*. Madrid, España: Cátedra.
- Comblin, J. (1979a). *La Doctrina de la Seguridad Nacional*. En Himkelammert, F. *Dos ensayos sobre la Seguridad Nacional*. Santiago de Chile: Vicaría de la Solidaridad, p. 11-191.
- Comblin, J. (1979b). *Cuestiones morales a propósito de la Seguridad Nacional*. En Himkelammert, F. *Dos ensayos sobre la Seguridad Nacional* (pp. 193-207). Santiago de Chile: Vicaría de la Solidaridad
- Couto e Silva, G. do (1955). *Planejamento estratégico*. Rio de Janeiro, Brasil: Bibliex.
- Couto e Silva, G. do. (1981a) *Geopolítica do Brasil*. 3 ed., Rio de Janeiro, Brasil: J. Olympio.
- Couto e Silva, G. do. (1981b). *Conjuntura política nacional. O poder executivo*. 3 ed., Rio de Janeiro, Brasil: J. Olympio.
- Dallmayr, F. (2022). *Justice, Power, and Dialogue. Humanizing Politics*. En Dallmayr, F. (Ed.) *Dialogue and the new cosmopolitanism* (pp. 3-15). New York; London. Lexington Books,
- Demenchonok, E. (2021). *Totalitarismo*. En Pizzi, J.; Cenci, M. S. (Org.). *Glosario de Patologías Sociales*. (pp. 280-316). Pelotas, Brasil: Editora UFPEL.
- Dinges, J. (2005). *Os anos do Condor*. São Paulo, Brasil: Companhia das Letras.
- Domingues, I. (2017). *Filosofia no Brasil. Legados & perspectivas*. São Paulo, Brasil: Editora Unesp.
- Dossiê Ditadura. (2009). *Mortos e desaparecidos políticos no Brasil (1964-1985)*. São Paulo, Brasil: IEVE: Imprensa Oficial.
- Echeverría, O. (2020). *Las doctrinas de la Seguridad Nacional latinoamericanas: Osiris Villegas y sus teorías en tiempos de despersonización y Guerra Fría. Argentina, 1956-1985*. En E.I.A.L, Vol, 31 (1), 39-58.
- Fernandes, A. S. (2009). *A reformulação da Doutrina de Segurança Nacional pela Escola Superior de Guerra no Brasil: a geopolítica de Golbery do Couto e Silva*. En *Antíteses*, V. 2 (4), 831-856.
- Fromm, E. (1980). *El corazón del hombre*. México; Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. (1994). *La patología de la normalidad*. Barcelona; Buenos Aires; México: Paidós.
- Green, J. (2024). *Publique, Biden*. *Revista Carta Capital*. São Paulo: Editora Besset, Año XXIX (1289), 30-31.
- Habermas, J. (1989). *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Madrid, España: Cátedra.
- Habermas, J. (2000). *Perfiles filosófico-políticos*. Buenos Aires; México; Bogotá: Taurus.
- Habermas, J. (2006). *El Occidente escindido*. Madrid, España: Trotta.
- Habermas, J. (2015). *Mundo da vida, política y religión*. Madrid, España: Trotta.
- Honneth, A. (2011). *La sociedad del desprecio*. Madrid, España: Trotta.
- Honneth, A. (2015). *O direito da liberdade*. São Paulo, Brasil: Martins Fontes.
- Jaime, J. (2003). *História da filosofia no Brasil*. V.4, São Paulo/Petrópolis, Brasil: Vozes
- Kehl, M. R. (2023). *Descaso homicida*. Em *Revista Carta Capital*, año XXVIII, n. 1.250, de 05 de marzo.
- Merleau-Ponty, M. (1984). *O filósofo e sua obra*. En: *Coleção Os Pensadores* (pp. 239-260). São Paulo, Abril Cultural.
- Mccarthy, T. (1987). *La teoría crítica de Jürgen Habermas*, Madrid, España: Tecnos.
- Pizzi, J. (1983). *A formação do intelectual orgânico a partir de Gramsci*, Pelotas, Brasil: Universidad Católica de Pelotas. Tesina de licenciatura en Filosofía.
- Pizzi, J. (2021). *Racismos “americanos” y anomías sociales? ¿Es hora de poner fin a las desigualdades mortales? Utopía y Praxis Iationamericana*, Año 26 (93), 263-277.
- Pizzi, J. (2022). *Democracias en tiempos revueltos*. En Grueso Vanegas, D. I.; Castro, A. N.; Rueda, E. A; González, L.

- T. Pensar en Marcha. Filosofía y protesta social en Colombia. (pp. 469-486). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Pizzi, J., Cenci, M. S. (2021). Glosario de Patologías Sociales. Pelotas, Brasil: Editora UFPEL.
- Sala, L. Y. (2022). La Doctrina de Seguridad Nacional en América Latina. Un repaso por los estudios clásicos y sus críticos. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, vol. 20 (80) <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/7748>, con acceso en 29/agosto/2023.
- Severino, A. J. (1999). A filosofia contemporânea no Brasil. Petrópolis, Brasil: Vozes.
- Souza Neto, C. P. de. (2020). Democracia em crise no Brasil. São Paulo, Brasil: Editora Contracorrente.

Notas

1 Habermas, en la obra *El Occidente escindido* (2006), hace referencia y realiza un examen acerca del significado del “11 de septiembre” y “el derribo del monumento”.

2 Sobre la fecha de inicio, persiste una controversia popular. Para unos, la proclamación del nuevo gobierno dictatorial habría ocurrido pasado la media noche del 31 de marzo, por lo cual se podría afirmar que ya era el primer día de abril. Pero la fecha subraya la celebración del “día del tonto”. Entonces, los militares golpistas, para despistar esa vinculación, dan por hecho que el golpe ha sido el día previo a las festividades y al aspecto burlesco típico del día de los tontos.

3 Como militar de carrera, estudió en Estados Unidos y participó en “misiones” en diversos países. Pero su principal actividad fue desarrollada en el Departamento de Estudios de la Escuela Superior de Guerra, responsable de los temas de doctrina y seguridad nacional. Durante la dictadura, fue responsable del Servicio Nacional de Informaciones.

4 El general Golbery no sólo se destacó en el área militar y estratégica. En la voz corriente, era famoso su refinamiento en el armado de una biblioteca impresionante. A través del pillaje de obras de los disidentes perseguidos, consiguió reunir una significativa cantidad de libros. No pocas veces se oía que era la biblioteca más completa, incluso de libros de Marx y sobre marxismo. Por otro lado, si la censura al pensamiento marxiano era total, los militares no tuvieron en cuenta a Antonio Gramsci. Por eso, me interesa destacar que mi tesina de licenciatura en filosofía (1981) fue sobre este pensador italiano. Además, está claro que Gramsci alimentó a diversos estudiantes y profesores brasileños, incluso el movimiento obrero de los años 78-80 y de lo que luego (1980) dio lugar al partido de los trabajadores (PT). Cf. Pizzi, J. *A formação do intelectual orgânico a partir de Gramsci*. Universidad Católica de Pelotas, 1983.

5 Echeverría (2020) nombra tres tradiciones: a) la Doctrina Geopolítica Alemana (teoría de la guerra total) que “prestaba atención al estado anímico del pueblo y al trabajo psicológico para legitimar la aniquilación del enemigo”; b) el entramado represivo con base en la Doctrina de la Guerra Revolucionaria y las técnicas de contrainsurgencia francesa, “extraída de sus experiencias en Indochina y en Argelia” y con un carácter represivo a través del “uso de la tortura para aniquilar física y psicológicamente al enemigo”; c) el modelo norteamericano de seguridad cuyo “elemento articulador de la dominación mundial” era la intervención directa, aunque a veces velada “a través del control ideológico y políticos de los altos mandos” (Echeverría, 2020, p. 41).

6 Acerca del golpe de 1964 y los 21 años de dictadura brasileña ya se han permitido el acceso a más de 60 mil documentos. Todavía, hay otros mil que siguen sin desclasificar. Actualmente hay un movimiento para que el gobierno norteamericano impulse su apertura, con el fin de “comprender, por ejemplo, la colaboración de los Estados Unidos y la financiación de sectores de la policía brasileña involucrados en la persecución, tortura y muerte de disidentes políticos” (Green, 2024, p. 30).

7 Hace poco tiempo, organizaciones chilenas han reivindicado también la apertura de lo que queda de documentos en manos del gobierno norteamericano, ya que “Estados Unidos ha desempeñado un papel preponderante en los golpes y en las dictaduras cívico-militares que han assolado América Latina y el Caribe en los años de la guerra fría” (Green, 2024, p. 31).

8 En el seno de la iglesia católica –y otras más– por detrás de esa devoción persisten por lo menos dos orientaciones muy distintas. Por un lado, la lucha por liberación del totalitarismo y la dignidad humana, por otro, hay también sacerdotes o representantes religiosos muy comprometidos con un poder temporal de excepción. Apenas como ejemplo de estos días, la investida de la policía federal de 08 de febrero del 2024, un sacerdote católico ha sido identificado como participante del intento de golpe de Estado. El sacerdote pertenecía al núcleo jurídico y doctrinal volcado a atender los intereses golpistas.

9 Franz Himkelammert ha sido quién ha publicado textos muy importantes sobre la Doctrina de Seguridad Nacional. La obra *Dos ensayos sobre Seguridad Nacional* (1979) reúne dos textos del sacerdote belga-brasileño y teólogo de la liberación José Comblin (1923-2011). Los textos son; *La Doctrina de la Seguridad Nacional*, p. 11-191; y *Cuestiones morales a propósito de la Seguridad Nacional*, p. 193-207. En la misma obra, Himkelammert presenta un tercer texto de autoría de Alberto Methol Ferré, con el título *Sobre la actual ideología de la Seguridad Nacional*, p. 208-231.

10 Una vez más las solicitudes brasileñas y chilenas para acceder a documentos hasta hoy día en manos del gobierno estadounidense quizá podrá aclarar muchos de los casos confusos a la fecha (Cf. Green, 2024, p. 30-31).

11 La propaganda oficial de la dictadura tenía, entre muchas, algunas frases muy enfáticas, como: “Este es un país que camina hacia adelante; Quién no vive para servir a Brasil, no sirve para vivir en el país; Ayer, hoy y siempre Brasil; El Brasil merece nuestro amor. A los disgustosos, por no utilizar otra expresión, el énfasis era: Brasil, amarlo o abandonarlo”. Indicar de donde toma la cita

12 Transparency International. El índice de la corrupción 2022 revela escasos contra la corrupción en un contexto mundial cada vez más violento. In: <https://www.transparency.org/es/press/2022-corruption-perceptions-index-reveals-scant-progress-against-corruption-as-world-becomes-more-violent>, en 03 de febrero de 2023.